

LOS PASIONISTAS EN UNA IGLESIA SINODAL

La Iglesia universal emprende un nuevo camino de renovación y revitalización que la llevará a una nueva evangelización. En el corazón de este nuevo impulso está la afirmación de la naturaleza sinodal de la Iglesia como pueblo de Dios reunido en torno a Jesús y caminando junto a su Señor.

“*Sínodo*” es una palabra griega compuesta por la preposición *syn* que significa “*con*” y el sustantivo *hodos* que significa “*camino*”. Se trata de un camino recorrido conjuntamente, bajo la guía del Señor resucitado, por todo el Pueblo de Dios con la variedad de sus miembros y el gozoso ejercicio de los diversos carismas y ministerios en aras del bien común.

En la Iglesia sinodal, todo el Pueblo de Dios, en cada Iglesia local, está reunido y camina unido hacia el Reino de Dios. En el camino, están llamando e invitando a toda la humanidad a unirse a ellos y trabajar juntos para la transformación del mundo de acuerdo con el designio de Dios.

El corazón del plan de salvación de Dios es la llamada de todo el género humano a la unión con Él. La meta de la salvación es la unidad por la que Jesús imploró al Padre justo antes de su Pasión: “*Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado*” (Jn 17,21). Esa unidad se realiza en Jesús y se realiza en la historia por el Espíritu Santo a través del ministerio de la Iglesia. El trabajo por la unidad implica hacer frente a todas las injusticias, divisiones, obstáculos y conflictos que separan a los pueblos y provocan sospechas, violencia y muerte.

El Espíritu nos llama a estar y caminar juntos por la transformación del mundo entero en el nuevo Reino de Dios. Toda la Iglesia y cada cristiano bautizado, ordenado, laico y religioso consagrado tiene que poner de su parte en esta gran aventura.



SINODALIDAD Y VATICANO II

La idea de sinodalidad abraza las dos grandes imágenes de la Iglesia promovidas por el Concilio Vaticano II: la Iglesia como *Pueblo de Dios* peregrino en camino y la Iglesia como *Communio*, la asamblea del pueblo llamado a la unidad por el Señor. El proceso de caminar juntos para realizar el proyecto del Reino de Dios y evangelizar a los pueblos incluye el hecho de estar juntos en asamblea para celebrar al Señor resucitado y discernir lo que el Espíritu dice a las Iglesias.

Todo el Pueblo de Dios, que abraza a los laicos, religiosos y clérigos de todas las categorías, reunidos en comunión de amor fraterno y enviados en misión al mundo, es la idea rectora de la sinodalidad. Implica la participación plena y activa de todos los bautizados en la única gran empresa eclesial para transformar toda la creación en el Reino de Dios.

UNA IGLESIA SINODAL

Reunirse para orar, para escuchar la Palabra de Dios y para discernir los impulsos del Espíritu forma parte de la misma vida del Pueblo de Dios. El Espíritu está vivo y activo en cada bautizado. En la gran reunión del pueblo nos encontramos con nuestros hermanos y hermanas, los escuchamos con profunda atención y respeto y juntos discernimos lo que el Espíritu dice en la asamblea. Solo entonces el Pueblo de Dios peregrino podrá llegar a todo el mundo invitando a todos los hombres a la familia de Dios.

Es una característica de nuestro tiempo que ha habido una disminución significativa en la participación de los fieles en las reuniones semanales. Hay muchas razones para esto, pero una de ellas es seguramente que las grandes reuniones de personas ya no son el foro normal para que las personas se relacionen o se comuniquen de manera efectiva. Hoy en día, las personas obtienen su información de Internet o de las redes sociales. Las grandes reuniones son para eventos deportivos y otras formas de entretenimiento. Las reuniones serias que abordan asuntos de interés se llevan a cabo en entornos más íntimos. Es probable que en el futuro las grandes reuniones de la Iglesia sean excepcionales y no la norma.

Se normalizarán nuevas formas de encuentro a nivel local y de manera más informal y fraterna. En este ambiente, la gente puede adorar a Dios,

compartir la Eucaristía y organizar la vida de la comunidad local, su ministerio a los pobres y necesitados y su misión en la sociedad en general. Bien puede ser que la Iglesia Sinodal se exprese en la red de pequeñas comunidades locales, cada una de ellas inmersa en su localidad y colaborando con otras para el bien mayor.

Para la sinodalidad es central la inclusión de todos, especialmente de aquellos que por diversas razones se encuentran en los márgenes, dándoles la oportunidad de expresarse y ser escuchados para contribuir a la edificación del Pueblo de Dios.

Como nos recuerda el Papa Francisco, el camino hacia una Iglesia sinodal no es hacer documentos sino querer “*sembrar sueños, suscitar profecías y visiones, hacer florecer la esperanza, inspirar confianza, curar heridas, tejer relaciones, despertar un amanecer de esperanza, aprender unos de otros y crear un brillante ingenio que ilumine las mentes, caliente los corazones, dé fuerza a nuestras manos*”.

SINODALIDAD Y VIDA RELIGIOSA

Los diversos servicios y carismas otorgados por el Espíritu encontrarán su lugar dentro de la nueva visión sinodal de la comunión de los creyentes en camino. También habrá que reimaginar y reafirmar la indispensable contribución a la Iglesia y al mundo de los consagrados y consagradas. Subyace al nuevo enfoque una mayor apreciación del *sensus fidei fidelium*, la dignidad de todos los bautizados y la necesidad de su participación plena, consciente y activa en la vida y misión de la Iglesia. Podemos esperar una nueva era de colaboración más estrecha entre religiosos y laicos para compartir la alegría del evangelio con todo el mundo.

Hasta hace poco tiempo, gran parte del servicio apostólico de la Iglesia lo realizaba el vasto ejército de religiosos y religiosas de las numerosas órdenes y congregaciones. En los últimos 300 años en particular, ha habido un gran aumento en el número de congregaciones religiosas apostólicas dedicadas a las obras de misericordia, la educación de los pobres, el cuidado de los enfermos y ancianos y como misioneras en África, Asia y América latina. En todo el mundo hay iglesias, escuelas, hospitales, clínicas, casas de reposo, etc. que dan testimonio de la extraordinaria devoción y compromiso de miles de religiosos. Con alegría entregaron sus vidas a Dios; la Iglesia

y el mundo se enriquecieron grandemente con el servicio de estos hombres y mujeres dedicados a Dios.

Desde el principio, la Iglesia se ha enriquecido con una gran variedad de dones o carismas repartidos entre los fieles. Los diversos carismas son dones de Dios para la edificación y el fortalecimiento de la Iglesia. Ningún carisma puede florecer aislado de los demás; pertenecen juntos y son más fructíferos cuando trabajan juntos para mejorar la vida y la misión de la Iglesia por el bien del mundo. Los Pasionistas han sido bendecidos con un carisma especial para mantener viva y fecunda la memoria de la Pasión de Jesús. Hasta ahora, los Pasionistas han preferido trabajar como un grupo separado dentro de la Iglesia, sacando de su carisma todo lo que necesitan para su vida y misión. Hoy comenzamos a apreciar que el carisma Pasionista puede ser aún más fecundo cuando se trabaja junto con los demás carismas de la Iglesia.

El Cuerpo de Cristo no puede vivir de un solo carisma y lo mismo ocurre con cada parte del Cuerpo. Como todo cristiano, los Pasionistas necesitan nutrirse de todos los carismas para ser miembros integrantes del Cuerpo de Cristo. Más que eso, nuestro carisma es un carisma apostólico y misionero y puede lograr mejor su objetivo misionero cuando trabaja junto con los otros carismas que son esenciales para la vida de la Iglesia. El camino sinodal nos empuja hacia una nueva era de mayor colaboración con los demás carismas y familias religiosas para el bien de la Iglesia y la misión en todo el mundo.

La Iglesia sinodal quiere afirmar todos los dones concedidos por el Espíritu y emplearlos para la transformación del mundo según la mente de Dios. Es un paso más allá de una forma anterior de organizar la Iglesia que distinguía claramente entre la Iglesia clerical, docente y actuante, por un lado y por otro lado el laicado, pasivo y dócil. Las congregaciones religiosas apostólicas encajaban en esta estructura más antigua en el lado "*clerical*" activo. Eran parte de la Iglesia ocupada y activa, haciendo las muchas cosas buenas que había que hacer por los laicos. Está claro que el cambio hacia una Iglesia sinodal tendrá consecuencias significativas para el papel de los religiosos en la Iglesia.

UNA IGLESIA MISIONERA DE TODOS LOS BAUTIZADOS

En la Iglesia sinodal, todos los bautizados están llamados a ser sujetos activos, participativos, plenamente comprometidos y ya no receptores pasivos. Todos los bautizados serán llamados a reivindicar su dignidad y a descubrir los dones y carismas que han recibido para el bien de la Iglesia. Ya no será posible asignar todos los ministerios y servicios apostólicos a las congregaciones religiosas. Se abre una nueva era de colaboración entre ordenados, laicos y religiosos consagrados.

Los religiosos han estado siempre presentes en la Iglesia como levadura, testimoniando de manera intensa la prioridad de Dios y el Reino de Dios. Seguirán siéndolo, pero ahora con un nuevo papel al invitar y capacitar a los laicos para vivir plenamente su vocación cristiana en el corazón de la Iglesia y del mundo. Los religiosos y religiosas ya no serán los actores principales en todas las esferas de la vida de la Iglesia, sino que darán un paso atrás y darán paso al nuevo ejército de laicos y laicas comprometidos que buscan las múltiples formas en que pueden construir la Iglesia. y evangelizar al mundo entero. Los religiosos pueden ser mentores, guías y ayudantes en esta nueva tarea auxiliar.

Este cambio en la tarea de los religiosos no se producirá de la noche a la mañana. Continúan participando en muchas obras esenciales que sirven a Dios y a su pueblo. Pero a medida que avanzamos y se afianza el estilo sinodal de la Iglesia, el nuevo papel de los religiosos se hará más claro. Esto puede manifestarse en una disminución del número de vocaciones a la vida religiosa y un florecimiento de nuevas formas de servicio y ministerio que surgen de los laicos. Ya hay una conciencia creciente de que las grandes necesidades para las que se fundaron muchas congregaciones ya no existen, al menos no de la misma manera ni en el mismo grado. Se abre una nueva era para un nuevo tipo de vida religiosa.

No es fácil ver cómo la vida religiosa encontrará el lugar que le corresponde en la Iglesia sinodal. Está claro, sin embargo, que el nuevo impulso se centra en la unión y la colaboración. Los religiosos experimentarán una nueva llamada a una mayor colaboración con los demás y especialmente con los laicos. En los últimos tiempos, los laicos y laicas han venido colaborando con los religiosos en sus diversas obras, pero en el futuro es más probable que los religiosos colaboren con los laicos en las múltiples formas en que los laicos vivirán su vocación cristiana. y misión en el mundo.

Dios seguirá bendiciendo a su Iglesia con hombres y mujeres consagrados a su servicio como religiosos. Serán una ayuda e inspiración indispensables para todos los bautizados que quieran asumir el papel que les corresponde en la vida y misión de la Iglesia. Estarán cerca de los más pobres y marginados y les ayudarán a hacer oír su voz. Mediante la consagración de toda su vida a Dios, los religiosos seguirán dando testimonio de la prioridad de Dios y de su Reino y trabajarán con todos los bautizados y todas las personas de buena voluntad por la transformación del mundo en el Reino de Dios.